

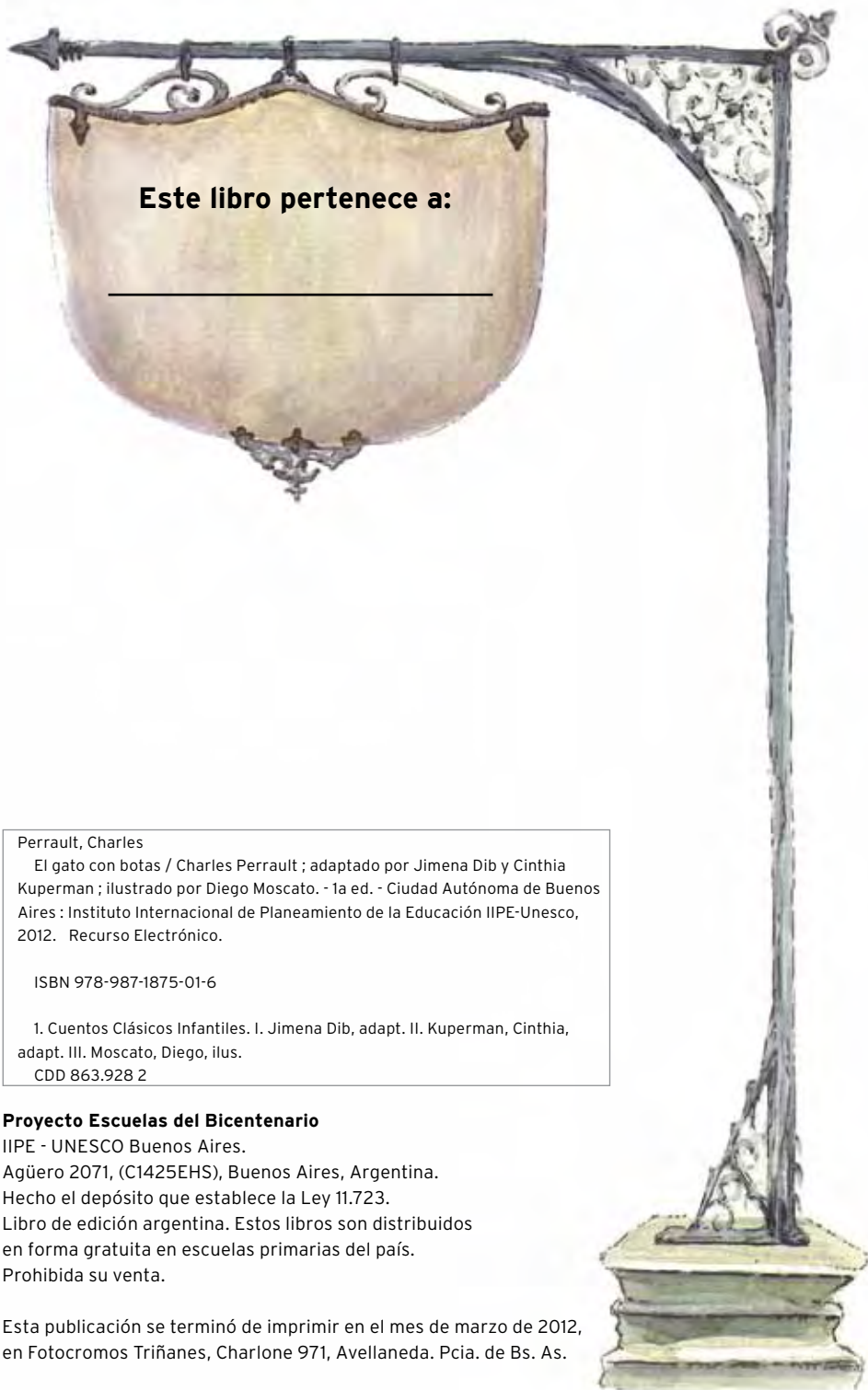
EL GATO CON BOTAS

CHARLES PERRAULT

ILUSTRADO POR DIEGO MOSCATO



ESCUELAS
DEL BICENTENARIO



Perrault, Charles

El gato con botas / Charles Perrault ; adaptado por Jimena Dib y Cinthia Kuperman ; ilustrado por Diego Moscato. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación IIPE-Unesco, 2012. Recurso Electrónico.

ISBN 978-987-1875-01-6

1. Cuentos Clásicos Infantiles. I. Jimena Dib, adapt. II. Kuperman, Cinthia, adapt. III. Moscato, Diego, ilus.

CDD 863.928 2

Proyecto Escuelas del Bicentenario

IIPE - UNESCO Buenos Aires.

Agüero 2071, (C1425EHS), Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina. Estos libros son distribuidos en forma gratuita en escuelas primarias del país.

Prohibida su venta.

Esta publicación se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2012, en Fotocromos Triñanes, Charlone 971, Avellaneda. Pcia. de Bs. As.

EL GATO CON BOTAS



abía una vez un molinero que, antes de morir, llamó a sus tres hijos y les dejó todos sus bienes: un molino, un asno y un gato. El reparto de la herencia se hizo enseguida, sin llamar al notario ni al procurador, pues probablemente se hubieran llevado todo el pobre patrimonio.

Al hijo mayor le tocó el molino; al segundo, el asno, y al más pequeño sólo le correspondió el gato.



El hijo menor no podía consolarse de haber recibido tan poca cosa.

– Mis hermanos -decía- podrán ganarse la vida honradamente juntándose los dos; en cambio yo, en cuanto me haya comido el gato y me haya hecho un manguito con su piel, me moriré de hambre.

El Gato, que entendía estas palabras, pero que ponía cara de que no, le dijo con aire serio y sosegado:

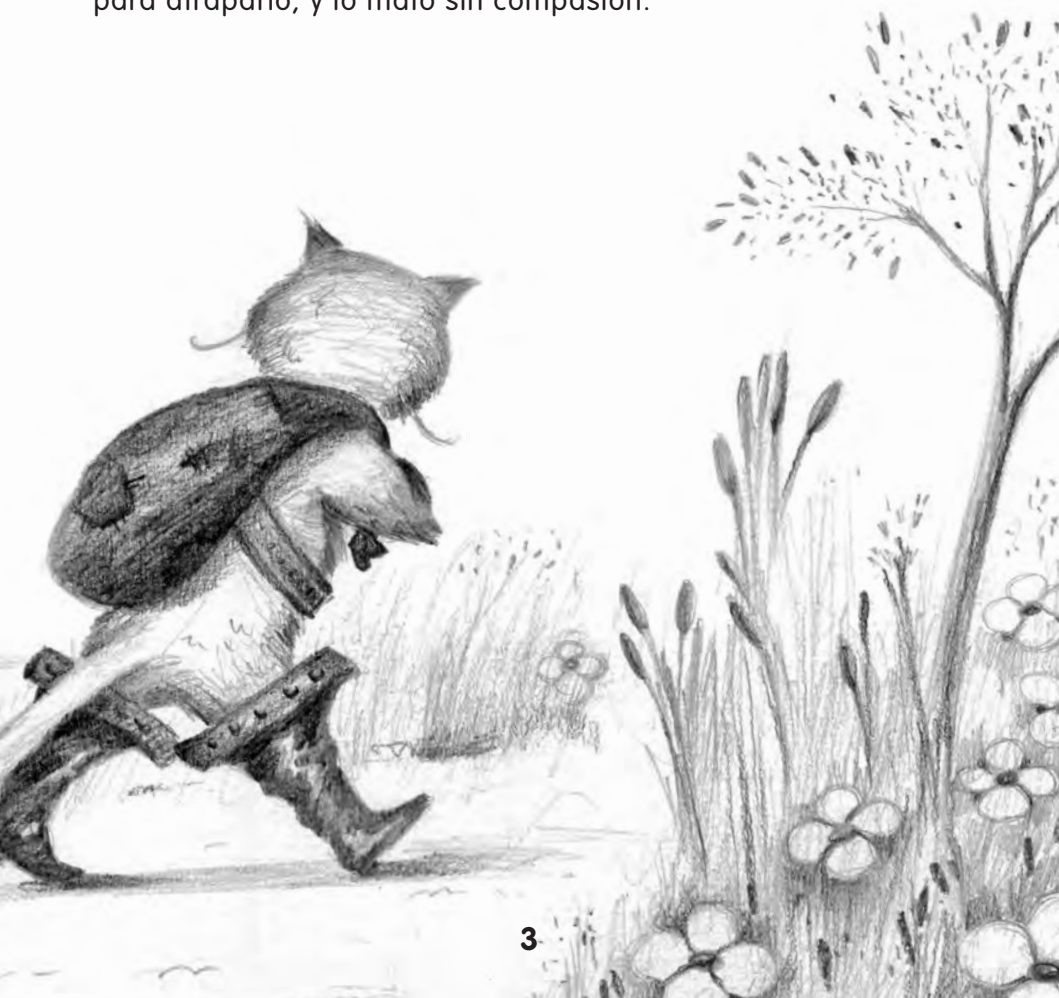
– No se aflija en absoluto, mi amo, no tiene más que darme un saco y hacerme un par de botas para ir por los matorrales, y ya verá que su herencia no es tan poca cosa como usted cree.

Aunque el amo del Gato no puso muchas esperanzas en él, lo había visto valerse de tantas tretas para cazar ratas y ratones, como cuando se colgaba por sus patas traseras o se escondía en la harina haciéndose el muerto, que no perdió totalmente la ilusión de que lo socorriera en su miseria.



En cuanto el Gato tuvo lo que había solicitado, se calzó rápidamente las botas, se echó el saco al hombro, tomó los cordones con sus patas delanteras y se dirigió hacia un coto de caza en donde había muchos conejos. Puso salvado y hierbas dentro del saco, se tendió en el suelo como si estuviese muerto, y esperó que algún conejillo, poco conocedor de las trampas de este mundo, viniera a meterse en el saco para comer lo que en él había echado.

Apenas se recostó, tuvo la primera satisfacción; un distraído conejito entró en el saco. El Gato tiró enseguida de los cordones para atraparlo, y lo mató sin compasión.





El gato, muy orgulloso de su presa, se dirigió hacia el palacio del rey y pidió a los guardias que lo dejaran entrar para hablar con él. Le hicieron pasar a los aposentos de Su Majestad y, después de hacer una gran reverencia al rey, le dijo:

– Majestad, aquí tenéis un conejo de campo que el señor Marqués de Carabás (que es el nombre que se le ocurrió dar a su amo) me ha encargado ofreceros de su parte.

– Dile a tu amo -contestó el rey- que se lo agradezco, y que me halaga en gran medida.



En otra oportunidad fue a esconderse en un campo de trigo con el saco también abierto; en cuanto dos perdices entraron en él, tiró de los cordones y las cazó a las dos. Enseguida fue a ofrecérselas al rey, tal como había hecho con el conejo de campo.

Una vez más, el rey se sintió halagado al recibir las dos perdices, y ordenó que le dieran de comer y de beber además de una propina.

Durante dos o tres meses el Gato continuó llevando al rey, de cuando en cuando, las piezas que cazaba y le decía que lo enviaba su amo.

Un día el Gato se enteró que el rey iba a salir de paseo por la orilla del río con su hija, la princesa más hermosa del mundo, y le dijo a su amo:

– Si sigue mi consejo podrá hacer fortuna; no tiene más que bañarse en el río en el lugar que yo le indique y luego déjeme hacer a mí. Pero recuerde que ahora es usted el Marqués de Carabás; ya no es más el hijo de un pobre molinero.

El Marqués de Carabás hizo lo que su Gato le aconsejaba, sin saber con qué fines lo hacía.



Mientras se bañaba, pasó por allí el rey, y el Gato se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Socorro, socorro!

¡Que se ahoga el Marqués de Carabás!

Al oír los gritos, el rey se asomó por la ventanilla y, reconociendo al Gato que tantas piezas de caza le había llevado, ordenó a sus guardias que fueran enseguida en auxilio del Marqués de Carabás.



Mientras sacaban del río al pobre Marqués, el Gato se acercó a la carroza y le dijo al rey que, mientras se bañaba su amo, unos ladrones se habían llevado sus ropas, a pesar de que él gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda. Pero la verdad era que el pícaro las había escondido bajo una enorme piedra. Al instante, el rey ordenó a los encargados de su guardarropa que fueran a buscar uno de sus más hermosos trajes para el señor Marqués de Carabás.

El rey le ofreció mil muestras de amistad y, como el hermoso traje que acababan de darle realzaba su figura (pues era guapo y de buena presencia), la hija del rey lo encontró muy de su agrado. Y así fue que, en cuanto el Marqués de Carabás le dirigió dos o tres miradas muy respetuosas y un poco tiernas, ella se enamoró locamente de él. El rey quiso que subiera a la carroza y que los acompañara en su paseo.

El Gato, encantado al ver que su plan empezaba a dar resultado, se adelantó a ellos y, cuando encontró a unos campesinos que segaban un campo, les dijo:



– ¡Eh, oigan, buenas gentes, si no decís al rey que el campo que estáis segando pertenece al señor Marqués de Carabás, seréis hechos picadillo como carne de pastel!

Al pasar por allí, el rey no dejó de preguntar a los segadores de quién era el campo que estaban segando.

– Estos campos pertenecen al señor Marqués de Carabás -respondieron todos a la vez, pues la amenaza del Gato los había asustado.

– Tiene usted una muy hermosa heredad -le dijo el rey al Marqués de Carabás.

– Como usted ve, Señor -respondió el Marqués- es un prado que no deja de dar en abundancia todos los años.



Mientras tanto, el Gato, que seguía yendo adelante, se encontró con un grupo de cosechadores y les dijo:

– ¡Eh, oigan, buenas gentes, si no decís al rey que todo este trigo pertenece al señor Marqués de Carabás, seréis hechos picadillo como carne de pastel!

Un momento después, pasó el rey y quiso saber a quién pertenecía todo el trigo que veía.

– Todo el trigo pertenece al señor Marqués de Carabás -respondieron todos a la vez, pues la amenaza del Gato los había asustado.

Y el rey cada vez se sentía más complacido con el Marqués.



Finalmente, el Gato con Botas llegó a un grandioso castillo, cuyo dueño era un temible ogro, el más rico de todo el país, ya que todas las tierras por donde el rey había pasado le pertenecían.





El Gato, que por supuesto se había informado de quién era aquel ogro y de lo que sabía hacer, pidió hablar con él para presentarle sus respetos, pues no quería pasar de largo sin haber tenido ese honor.

El ogro lo recibió tan cortésmente como puede hacerlo un ogro y lo invitó a descansar un rato.

– Me han asegurado -comentó el Gato- que tenéis la habilidad de poder convertirnos en cualquier clase de animal, que podéis, por ejemplo, transformaros en león o en elefante.

– Es cierto -contestó el ogro bruscamente-, y para demostrarlo me veréis convertido en un león.

El Gato se asustó mucho de encontrarse de pronto delante de un león y, con gran esfuerzo y dificultad, pues sus botas no valían para andar por las tejas, se trepó al alero del tejado.

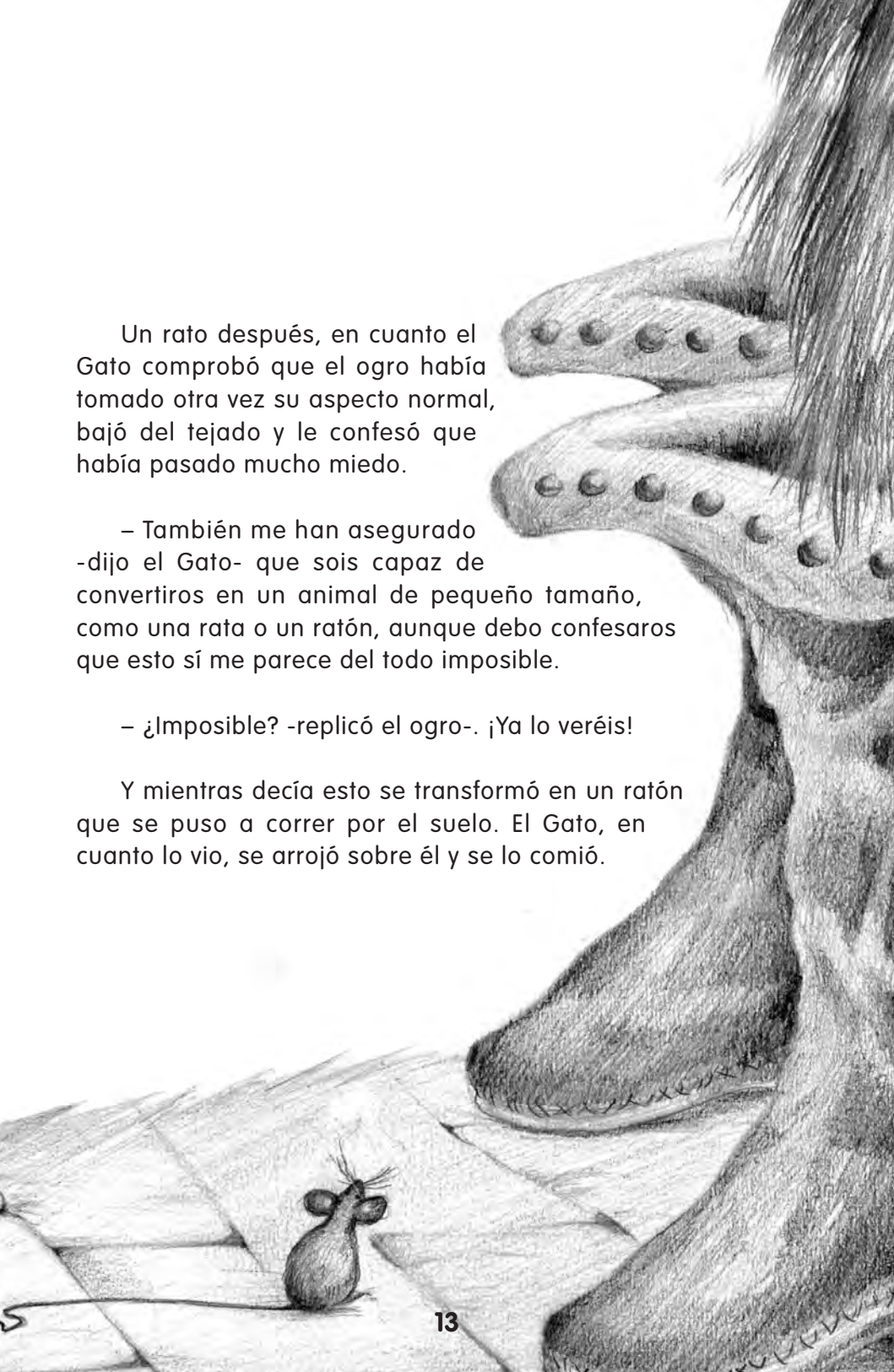


Un rato después, en cuanto el Gato comprobó que el ogro había tomado otra vez su aspecto normal, bajó del tejado y le confesó que había pasado mucho miedo.

- También me han asegurado -dijo el Gato- que sois capaz de convertirlos en un animal de pequeño tamaño, como una rata o un ratón, aunque debo confesaros que esto sí me parece del todo imposible.

- ¿Imposible? -replicó el ogro-. ¡Ya lo veréis!

Y mientras decía esto se transformó en un ratón que se puso a correr por el suelo. El Gato, en cuanto lo vio, se arrojó sobre él y se lo comió.



Mientras tanto el rey, que pasó ante el hermoso castillo, quiso entrar en él. El Gato, que había oído el ruido de la carroza al atravesar el puente levadizo, corrió a su encuentro y saludó al rey:

– Sea bienvenido Vuestra Majestad al castillo del señor Marqués de Carabás.

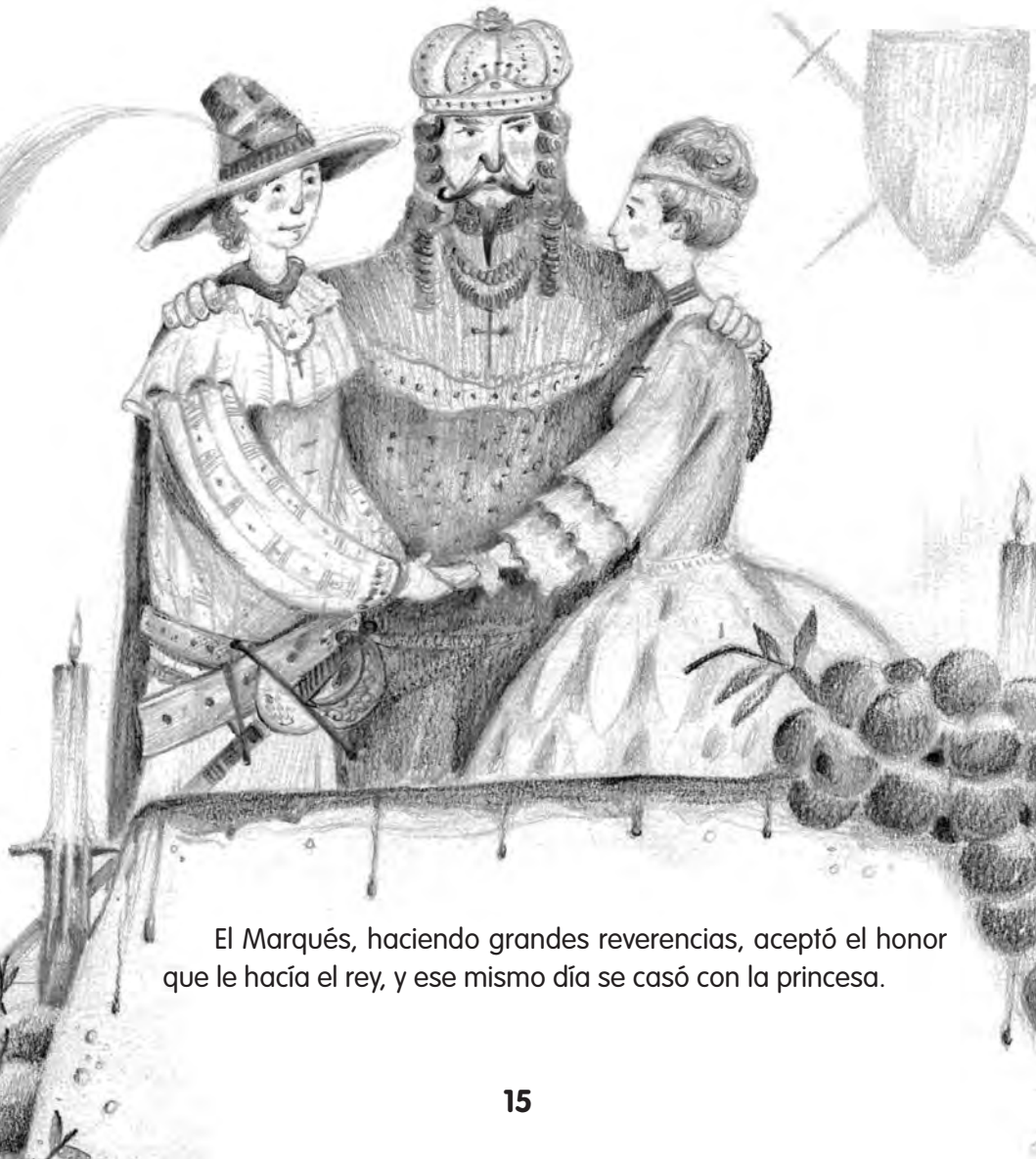
– ¡Pero bueno, señor Marqués! -exclamó el rey-. ¿Este castillo también es vuestro? ¡Qué belleza de patio! Y los edificios que lo rodean son también magníficos. ¿Pasamos al interior?

El Marqués de Carabás tomó de la mano a la princesa y, siguiendo al rey, entraron en un majestuoso salón, donde los esperaban unos exquisitos manjares que el ogro tenía preparados para obsequiar a unos amigos suyos que habían de visitarlo ese mismo día. Pero los amigos del ogro no creyeron conveniente acercarse al castillo cuando se enteraron de que el rey había entrado.



El rey, encantado de las buenas cualidades del señor Marqués de Carabás, lo mismo que su hija, que estaba loca por él, y contemplando los grandes bienes que poseía, le dijo, después de beber cinco o seis copas:

– Solo depende de usted, señor Marqués, que sea mi yerno.



El Marqués, haciendo grandes reverencias, aceptó el honor que le hacía el rey, y ese mismo día se casó con la princesa.



El Gato se convirtió en un gran señor y ya no corrió detrás de los ratones más que por diversión.



Moraleja

*Aunque gozar de una herencia
que del padre al hijo pasa
tiene para ese hijo
muchas y grandes ventajas,
a menudo sucede
que la maña y la habilidad
valen más para un muchacho
que los bienes que heredó.*



El Gato con botas es un cuento popular europeo que Charles Perrault incluye por primera vez en sus *Cuentos de mamá ganso* publicados en 1697. Aparece allí con el título de *El gato maestro*. Los Hermanos Grimm, que también recopilaron cuentos populares, decidieron no incluir este relato en su colección de *Cuentos para niños y el hogar* por considerar su origen francés.



Esta es la historia del hijo de un molinero que creyó que la herencia que había recibido era menos valiosa que la de sus hermanos.
¿Estaría en lo cierto?